

artilleros bávaros, que servían las baterías, dispararon demasiado pronto, y advertidos los rusos se adelantaron con más mesura de la que era de desear para el éxito de nuestra maniobra. No obstante se dirigieron sin vacilaciones hacia el frente de la ciudad no protegido por el Polota; pero las divisiones de Maisón y Legrand se habían desplegado y marchaban resueltamente contra ellos. Sobre todo la división de Maisón, más expuesta que la de Legrand, se mantuvo firme, aunque asaltada por todas partes, y acabó por rechazar al enemigo á gran distancia. No se mostró indigna la división de Legrand de su vecina, y dondequiera fueron los rusos atajados y repelidos. No afectando mucho al mariscal Saint-Cyr el peligro de su derecha, tuvo la cordura de no desguarnecer su izquierda, é hizo perfectamente, porque el príncipe de Jackwill, desembocando á su turno, se lanzó sobre los reductos del Polota. Permitiéndole llegar hasta el pie de las obras, se le abrumara con el fuego de los reductos; pero pecando los suizos, á semejanza de los bávaros, por demasiado ardimiento, cayeron sobre los rusos á la bayoneta, y rechazándolos paralizaron la artillería de los reductos, bajo los cuales habían ido á situarse. Además sacrificaron hombres para un resultado que nuestras balas hubieran obtenido. Sin embargo, tanto en este punto como en el otro, el ejército del conde de Wittgenstein fué rechazado con pérdida de tres ó cuatro mil hombres, no pasando de la mitad la nuestra.

Si el conde de Steinghel no amenazara con coger al mariscal Saint-Cyr por la espalda, se podía considerar como bien establecido junto al Dwina. Pero después de pasar este río el cuerpo de Finlandia, remontaba la orilla izquierda para unirse, junto á Polotsk, á parte de las fuerzas de Wittgenstein. Ante este nuevo peligro el mariscal Saint-Cyr reforzó á los bávaros á las órdenes del general Wrede, con destacamentos sacados de cada una de sus tres divisiones, y le puso en aptitud de resistir al conde de Steinghel. Con efecto, el 19 vióse obligado el cuerpo de Finlandia á retroceder después de un choque vigoroso. Pero ante un nuevo ataque por las dos márgenes del Dwina, que amenazaba renovarse con más acierto y empuje, especialmente desde que, llegados los dos ejércitos enemigos á la misma altura, se podían comunicar de una orilla á otra, no era prudente obstinarse, y el mariscal Saint-Cyr creyó que debía evacuar á Polotsk durante la noche para retirarse en buen orden detrás del Oula, que, según se ha visto, reúne el canal de Lepel al Berezina. Al retirarse hicieron nuestras tropas una horrorosa carnicería en los rusos, que se arrojaron con harta prisa en medio de la ciudad de Polotsk incendiada.

Esta retirada continuóse los días siguientes, haciendo cara el general Wrede al conde de Steinghel, el mariscal Saint-Cyr al conde de Wittgenstein, con la esperanza de encontrar al duque de Bellune junto al Oula.

Efectivamente, después de vacilar éste largo tiempo entre el almirante Tchitchakoff, que llegaba por el Sur, y los generales Wittgenstein y Steinghel, que llegaban por el Norte, resolvió en fin dirigirse á este punto, de resultas de lo que en Polotsk había acontecido, para llevar al mariscal Saint-Cyr socorro. Por desgracia, hallándose establecido, no en Vitebsk, sino en Esmolensko, á consecuencia de la nueva disposición que varió el

camino del ejército, para dirigirse á Lepel tuvo que atravesar muy larga distancia. Gravemente herido el mariscal Saint-Cyr en la última jornada de Polotsk tuvo que abandonar el mando, y tomólo con el más laudable celo el mariscal Oudinot, harto mal restablecido de su herida.

Así á fines de octubre dos ejércitos, uno de cerca de treinta y cinco mil y otro de cuarenta y cinco mil hombres, habiéndose librado el primero del príncipe de Schwartzberg y llevándose el segundo por delante el segundo cuerpo, estaban á punto de darse la mano junto al alto Berezina y á cerrarnos la retirada con ochenta mil hombres. Solamente la reunión y la victoria de los mariscales Oudinot y Víctor podían conjurar este grave peligro.

Íbamos, pues, á hallar á Esmolensko desprovisto del refuerzo poderoso del nuevo cuerpo y hasta de la división de Baraguey de Hilliers, que, después de prevenida desde mucho antes, atrajo Napoleón hacia Jelnia, cuando pensaba en marchar sobre Kalouga. Verdad es que expidió contraorden luego, pero demasiado tarde, y ya en camino la división de Baraguey de Hilliers, podía caer en medio de todo el ejército de Kutusoff. Así ante los pasos de Napoleón se multiplicaban por dondequiera las circunstancias alarmantes. No era lo que se había imaginado la abundancia que se lisonjaba de hallar en Esmolensko. A causa de no haberse podido continuar la navegación interior de Dantzick y Kowno hasta Wilna, organizóse una compañía de transportes, gracias á la activísima solicitud de Mr. de Bassano, y acarrea mil quintales al día desde Kowno hasta Minks por Wilna. Pero estos medios de transporte se habían aplicado á las bebidas espirituosas y á las municiones de guerra, con la confianza que se tenía de hallar trigos en Lituania. Halláronse efectivamente, pero careciendo de carros los renteros lituanos, ó negándose á proporcionarlos, con la esperanza de que al fin no se desprenderían de sus géneros por falta de medios para trasladarlos á otro punto, sólo se pudo reunir una parte de los granos y las harinas que se pidieron para Wilna, Minks, Borisow y Esmolensko. Llevándose asimismo los bueyes, no faltaba carne á lo menos, si bien á lo sumo tendría el ejército víveres para siete ú ocho días en Esmolensko, para quince en Minks, para veinte en Wilna. Con todo, procurándolo activamente, era posible proveerle de subsistencias para tiempo mucho más largo. A la sazón no estaba asegurada más que la subsistencia de los primeros días.

No se hallaba, pues, tan próxima á realizarse como se había creído la esperanza de ricos cuarteles de invierno en Lituania. Verdad es que sólo Napoleón estaba en el secreto, mas no había por qué se regocijase su alma, profundamente atribulada por tantos conceptos. Aún tenía que saber cosas peores, Francia, á la cual había dejado tan quieta, tan sumisa, había estado á pique de ser trastornada, y aun quizá arrancada á su dominación por un loco, por un maniático atrevido, cuyo fácil triunfo durante algunas horas demostraba hasta qué punto dependía todo en Francia de la vida de un solo hombre, amenazada de continuo no por los puñales, sino por las balas.

De muchos años atrás se hallaba retenido en las cárceles de la Conserjería un oficial antiguo, el general

Malet, noble del Franco-Condado, republicano ardiente y sincero, formado á semejanza de muchos hombres de su tiempo y de su cuna en la escuela de J. J. Rousseau, que llegó á ser general de la república y que no perdonaba á Napoleón haberla destruído. Una idea dominando por sí sola hace á un hombre loco ó capaz de muy grandes cosas, y produce á menudo á la vez ambos resultados. Ahora bien, la sola idea que llenaba la mente del general Malet de continuo era que el jefe de un Estado, haciendo constantemente la guerra, debía ser arrebatado un día ú otro por una bala; que con esta noticia verdadera ó forjada, sería empresa fácil quitar todas las autoridades y hacer que la nación aceptara otro gobierno, pues la persona de Napoleón lo era todo, hombres, cosas, leyes, instituciones. Bajo el imperio de preocupación semejante, combinó en su mente los medios de sorprender á las autoridades inventando la noticia de la muerte de Napoleón, proclamando un nuevo gobierno y poniendo á los pies de este gobierno la nación cansada de despotismo, de silencio y de guerra. Por los años de 1807 y de 1809 pensó un instante en la realización de su quimera, y habiendo puesto á la policía en camino de lo que meditaba algunas confidencias, inevitables ó no inevitables, fué encerrado. Se le detuvo en París desde aquel tiempo. Ya preso, su preocupación se hizo aún más exclusiva, y viendo á Napoleón en Moscou, reflexionó que para tentar la ejecución de su plan no había otra ocasión como aquella, si bien ahora no iniciando en su secreto á nadie, sacando todo de él mismo, de él solo y por medio de la más increíble audacia. Trasladado á una casa de salud cerca de la puerta de San Antonio, y habiéndose relacionado allí con un eclesiástico no menos discreto, y animado de los mismos sentimientos que los suyos, ideó forjar la noticia de la muerte de Napoleón, no declarando á nadie la falsedad de este supuesto, falsificando órdenes y una deliberación del senado, y con el auxilio de esta deliberación, que restablecería la república, ir á un cuartel para poner en libertad á muchos militares á la sazón presos, tales como el general Lahorie, antiguo jefe de estado mayor de Moreau, el general Guidal, comprometido á causa de algunas relaciones con los ingleses, apoderarse con estos generales de las personas de los ministros, convocar en la casa de Ayuntamiento á una porción de personajes de importancia, reputados como poco favorables al gobierno, y proclamar allí la república. Aunque meditó profundamente sobre el asunto, y meditó mucho en todos los pormenores de ejecución, cosas hubo á las que no proveyó de ningún modo, ora por demasiada prisa en lanzarse al designio, ora porque se fiase de la fortuna, que debe entrar por la mitad en todas las empresas extraordinarias, si bien á condición de que no se le deje hacer más que lo menos posible.

Auxiliado por este eclesiástico, que se le había asociado, eligió dos jóvenes muy candorosos, pero también muy valientes, no poseedores de su secreto, y destinados á servirle de ayudantes de campo. Con su auxilio proporcionóse cerca de su casa de salud así uniformes como pistolas. El 22 de octubre por la noche, á la hora en que Napoleón maniobraba en Malo-Jaroslawetz, se aprovecha de las tinieblas, escápase por una ventana de la casa de salud donde se le detenía, habiéndose fugado

ya antes el eclesiástico que le había llevado la pluma, corre al aposento donde le esperaban los dos jóvenes dichos, viste á uno de ellos de ayudante de campo, vístese él de general, les dice que Napoleón ha muerto en Moscou el 7 de octubre, que reunido el senado por la noche ha votado el restablecimiento de la república, y mostrando las órdenes falsas preparadas cuidadosamente en su encierro, se dirige al cuartel de Popincourt, donde se hallaba la décima cohorte de la guardia nacional, mandada por un veterano procedente de la reforma. Antes de ser colocado á la cabeza de esta cohorte había



El general Malet

servido algún tiempo y muy honrosamente en España. Soulier era su nombre. El general Malet hace que le despierten, se introduce al lado de su cama, le anuncia que Napoleón ha sido muerto en Moscou de un tiro el 7 de octubre, que reunido el senado secretamente ha determinado el restablecimiento de la república, y ha nombrado al general Malet jefe de la fuerza en París, y fingiendo no ser el general Malet, sino el general Lamotte, uno de los empleados en la capital de Francia, dice que va de orden superior á tomar la legión décima para conducirla á diversos puntos de la capital, donde debe prestar importantes servicios. Sorprendido el comandante Soulier por esta noticia, no imaginando que pudiera ser inventada, sencillo como era, la deplora y se dispone á la obediencia. Se levanta, hace que se reúna la cohorte, transmítela en el patio del cuartel la noticia llevada por el supuesto general Lamotte, noticia acogida con sorpresa, bien que sin incredulidad, tan natural parecía á todos y aun grata á algunos, pues había en las cohortes antiguos oficiales republicanos vueltos á llamar al servicio y muchos soldados sacados muy á disgusto suyo de sus hogares después de cumplir muchas



veces todas las leyes de la conscripción ó quinta. Todos obedecen sin oponer duda ni objeción de ninguna especie.

Antes de amanecer los lleva el general Malet, supuesto general Lamotte, á la Fuerza, manda llamar al jefe de la prisión, le muestra una orden para que sean puestos en libertad los generales Lahorie y Guidal, obtiene su excarcelación por consecuencia de la misma credulidad, estrechándolos en sus brazos les anuncia la gran noticia, les engaña como á los demás, finge participar de su alegría, les enseña los decretos del senado, y les traza la conducta á que han de atenerse. Guidal debe ir á apoderarse del ministro de la Guerra y Lahorie del de Policía, llevándole después á la Conserjería, mientras Malet va á apoderarse del general Hulín, trasladándose al estado mayor de la plaza. Se les da la consigna de levantar la tapa de los sesos al que rehuse atemperarse á los decretos del senado, sobre los cuales ni á Guidal ni á Lahorie les ocurre la menor duda. Con fundamento había creído Malet que sus cómplices engañados no vacilarían en ejecutar sus instrucciones con una buena fe que arrastraría á todo el mundo. De uno de los dos jóvenes citados se vale Malet para enviar al prefecto del Sena, Frochot, los decretos del senado y la intimación de preparar la casa de Ayuntamiento, donde se debe reunir el gobierno provisional. A uno de los regimientos de la guarnición corre el otro agente improvisado, con orden para el coronel de guardar con destacamentos todas las barreras de París, no dejando entrar ni salir á nadie.

Convenidas rápidamente todas estas cosas, á fin de llevar á remate la sorpresa de París dormido, se va á casa del duque de Rovigo al tiempo de despuntar la aurora. Habiendo pasado el ministro de Policía toda la noche en el despacho de los negocios, tenía absolutamente prohibido que se le despertase. A la cabeza el general Lahorie de un destacamento de la décima cohorte, penetra en su casa, echa abajo la puerta de su alcoba, y por entre los pedazos de ella pasa y le sorprende, apareciéndosele delante. Juntos habían servido, teniendo relaciones amistosas. «Ríndete sin resistencia, le dijo, porque te estimo y no quiero hacerte daño. El emperador ha muerto, el imperio está abolido, y el senado ha restablecido la república.» El duque de Rovigo responde á Lahorie que es un insensato, que una carta llegada aquella misma noche desmiente el aserto, que la noticia es falsa, y que figura como autor ó juguete de una impostura. Lahorie, tan convencido como el duque de Rovigo puede estarlo, afirma: el duque de Rovigo niega. Lahorie manda entonces que le echen mano. Por su parte el duque de Rovigo procura desengañar á la tropa, mas es natural que suscite disputas el hombre á quien se prende, y su posición basta para impedir que se le crea. Según sus instrucciones, Lahorie debiera levantar la tapa de los sesos al duque de Rovigo; no quiere hacerlo, corre cerca de Guidal, que se halla cerca, para acordar juntos lo más conveniente. Guidal le sigue. Persistiendo ambos en su credulidad, si bien no queriendo matar á un antiguo camarada, imponen silencio al duque de Rovigo, y sin hacerle daño le envían á la Conserjería, adonde ya ha sido trasladado el prefecto de policía por iguales medios.

Hasta aquí va bien todo. Pero el arresto del duque

de Rovigo ha retardado algo el del ministro de la Guerra, y por su parte el general Malet pierde tiempo en el del general Hulín, comandante de la plaza. Habiéndose trasladado á su casa con un destacamento de la misma cohorte, le sorprende en la cama, hace que se levante, le anuncia los mismos asertos empleados ya con tanta fortuna, no le halla incrédulo á la noticia de la muerte de Napoleón, pero sí muy recalcitrante en cuanto al restablecimiento de la república por una deliberación del senado, y así le responde invitándole á que le presente las órdenes. Más fiel el general Malet á su plan que sus cómplices improvisados, le contesta que se las va á comunicar en su gabinete, hace que se lleve allá al general Hulín y le derriba con una pistola disparada á quemarropa. Sale Malet de seguida, se dirige á casa del jefe de estado mayor Doucet, le repite cuanto ha dicho á los otros, le anuncia además su elevación al grado de general y le intima que le entregue al punto el mando de la plaza. Ya fuese que hubiera debilitado su resolución el acto de violencia á que el general Malet acababa de entregarse, ya que le trastornase la primera duda encontrada aquel día, mostróse con este jefe de estado mayor menos firme. Vacila, pierde tiempo, y alienta la incredulidad que no anonada sin demora con una afirmación absoluta ó con un nuevo pistoletazo. En esto aparece otro oficial de la plaza, llamado Laborde, recuerda las facciones del general Malet, instantáneamente penetra que se trata de una conspiración atrevida, llama á un oficial de policía que conocía á Malet precisamente por haber contribuido á trasladarle de una cárcel á otra. Seguro el oficial de policía de que el general es uno de los sometidos á su autoridad, le pregunta cómo y por qué ha abandonado su prisión, le embaraza, le desconcierta y le hace perder todo su ascendiente sobre su tropa. Entonces Malet quiere hacer uso de sus armas; se le echan encima, le atan las manos, le aprisionan delante de su tropa vacilante, que ya empieza á creer que ha sido engaña. Aún se lisonjea de ser socorrido por sus cómplices, pero, en lugar de ellos, acuden soldados de la guardia imperial que, avisados á toda prisa, libertan al estado mayor de sus asaltadores, y así los que iban á prender quedaron presos.

A la vuelta de una hora se hallan libres el duque de Rovigo y el prefecto de policía, y vuelven á entrar ambos en el ejercicio de sus funciones. Sin duda parecerá más singular que cuanto acaba de leerse, que, llegando del campo al amanecer el prefecto del Sena, sorprendido por la noticia divulgada en la casa de Ayuntamiento, no pudo creer que fuese inventada, y dedicóse á preparar los aposentos, según se le había prevenido, á la verdad muy despacio, no porque abrigase dudas, sino porque era poco afecto al gobierno republicano, que al parecer debía suceder al imperio. No maravillará tanto que el jefe del regimiento encargado de guardar las barreras, obedeciese y enviase destacamentos para apoderarse de ellas.

Apenas era mediodía cuando todo estaba acabado, tornando á su ser las cosas; las autoridades, sorprendidas un momento, al ejercicio de sus funciones, y pasando París, al saber la rápida sucesión de tales escenas, del miedo que siempre le inspiraban las tentativas de los llamados terroristas á una inmensa carcajada contra una policía detestada y cogida tan fácilmente de sorpresa.

Concebíase que fuera preso cualquier otro ministro. ¡Mas serlo el ministro de Policía en persona! Asunto de risa, de diversión y de parla ofrecía de sobra, si bien, después de preceder el miedo á la risa, la seguía igualmente, pues había muchas reflexiones tristes que hacer sobre semejante estado de cosas.

Tanta credulidad en admitir las órdenes más extrañas, tanta obediencia en ejecutarlas, acusaban, no á los hombres, siempre expuestísimos al engaño y tan prontos en obedecer luego que han contraído la costumbre, sino al régimen bajo el cual eran posibles tales cosas. Bajo este régimen de misterio, de obediencia pasiva y ciega, donde un solo hombre era el gobierno, la constitución, el Estado, donde este hombre jugaba cotidianamente la suerte de Francia y la suya en aventuras fabulosas, natural era creer en su muerte, creída su muerte buscar una especie de autoridad en el senado, y continuar obedeciendo pasivamente, sin examen ni disputa, pues ya no había costumbre de concebir ni de tolerar contradicción alguna. No se pudiera sorprender por medios semejantes á un Estado libre, pues á cada paso encuéntrase mil contradictores en los países donde todos raciocinan y discuten sobre sus deberes. Bajo un Estado despótico el temerario que pone la mano en el resorte esencial del gobierno es el amo, y es el que da origen á las conspiraciones de palacio, signo afrentoso de la caducidad de los imperios condenados al despotismo. ¡Y entretanto Napoleón tenía un heredero, en quien nadie había pensado siquiera!

De consiguiente á nadie se podía acusar más que al régimen existente; pero temiendo la policía y la autoridad militar que el emperador culpase á una ó á otra por tan extravagante aventura, cada una de ellas se esforzaba porque del examen de los hechos resultara su justificación propia y la acusación de su rival. La policía no había descubierto esta trama, y la autoridad militar se había prestado á ponerla por obra con una facilidad que tenía visos de connivencia. Sin embargo, las dos eran inocentes. No había podido descubrir la policía lo que estaba en la cabeza de un solo hombre, y nada más natural que creyera la autoridad militar inferior una cosa tan creíble como la muerte de Napoleón. No era, pues, inepta la primera ni infiel la segunda, pero una y otra necesitaban ser acusadoras de miedo de ser acusadas. Además no se estimaban los ministros de Policía y de la Guerra: el duque de Feltre tenía todas las exterioridades del bien; el duque de Rovigo todas las exterioridades del mal, y en ninguno de ellos la realidad correspondía á las apariencias. Buscó la verdad el duque de Rovigo, como que tenía grande interés en su descubrimiento, y esta verdad redundaba en descargo de todo el mundo, exceptuando al general Malet tan sólo. Dondequiera deseaba el duque de Feltre hallar cómplices del delincuente, á fin de que la policía apareciera culpable de no haber dado con ellos, siendo tan numerosos. Bajo régimen semejante debían ejercer estas preocupaciones un funesto influjo sobre la suerte de los reos. El gobierno, compuesto de los ministros, de los grandes dignatarios que en París se hallaban entonces, juntóse bajo la presidencia del archicanciller Cambaces, y providenció lo que tuvo por conveniente. Con su arte de dulcificar las asperezas, de neutralizar las posiciones extremadas, lo cual arguye buen seso, mas

no siempre se acuerda con la justicia, hizo resolver la formación de una comisión militar á que fueron sometidos más de veinte acusados. Realmente no había más que un culpable, el general Malet, quien, además del atentado político, acababa de cometer otro crimen, derribando casi muerto á sus pies á un hombre, que no murió por dicha. Pero los generales Lahorie y Guidal, entrados en su proyecto voluntariamente sin duda, bien que á consecuencia de la enunciación de un hecho falso á que dieron asenso, y en vista de órdenes supuestas, que tuvieron por seguras, no eran culpables á la faz de Dios ni á la de los hombres. A la verdad eran oficiales de alta graduación y muy sospechosos, y también habían tenido no escasa participación en el atentado, y de consiguiente se concibe que dieran lugar á alguna duda. ¿Pero cuál podía existir respecto del comandante de la décima cohorte, Soulier, militar valeroso, que supo la muerte de Napoleón con pesadumbre, la prestó asenso y obedeció de resultas? Contra éste era una iniquidad toda pena, y más la de muerte: pero fué condenado con otros trece. En su favor pidió la policía un aplazamiento para la instrucción de la causa, y no pudo obtenerlo. En cinco días fueron presos, juzgados y sentenciados catorce infelices, y ejecutados no menos de doce.

Tales fueron las extrañas noticias que asaltaron á Napoleón en Dorogobouga. Y bien tenían por qué afectarle, pues las que le llegaban del ejército debían inquietarle gravemente por su retirada, y las que le llegaban de París revelaban cuánto había de efímero en su poder prodigioso. Lo que más efecto hizo á Napoleón de las últimas noticias fué la facilidad en creer y en obedecer bajo su reinado, y sobre todo el olvido completo relativamente á su hijo. «¡Pues qué (exclamó muchas veces), no se pensaba en mi hijo, en mi esposa, en las instituciones del imperio!» Y cada vez que lanzaba esta exclamación de sorpresa, recaía en sus sombrías reflexiones, de cuya amargura se podía juzgar por la triste expresión de su semblante.

Más justo respecto de los infelices á quienes se acababa de inmolar que los que tan ligeramente los habían sentenciado, preguntó al general Lariboisiere, que al lado de Moreau había conocido á todos los generales republicanos, quién era Lahorie. «Un oficial valeroso, le contestó el respetable jefe de artillería, un oficial del más alto mérito, que os sirviera muy bien si no se empeñaran en perderle ante vuestra gracia; que os hubiera servido como os sirve el general Eblé, á quien no dejaron tampoco de presentárselos como sospechoso, y de cuyo carácter y talento podéis juzgar todos los días. — Razón tenéis, repuso Napoleón tristemente; ¡esos imbéciles, después de haberse dejado coger de improviso, quieren congraciarse á mis ojos fusilando hombres por docenas!»

Sin embargo, Napoleón necesitaba ocuparse en cosas más urgentes que esta conjura, accidente efímero y sin otra consecuencia para él que la de un fulgor siniestro lanzado sobre su situación política, necesitaba expedir órdenes á los diversos cuerpos de sus tropas, cuya concurrencia era indispensable para impedir la reunión de todas las fuerzas enemigas á nuestra espalda, reunión ya muy de temer y que podía reducirnos á pasar por las horcas caudinas, y aun quizá á constituir á Napoleón en prisionero de Alejandro.



Napoleón hizo que Mr. de Bassano escribiera al príncipe de Schwartzberg y al general Reynier para que no vacilaran entre Brezesc y Slonim y dejaran allí el cuerpo de Sacken, que no era muy peligroso contra Varsovia, y á quien por otra parte se abrumaría en breve tanto más de seguro cuanto fuera más temerario, y marcharan sin descanso contra el almirante Tchitchakoff, pues la presencia de este general ruso junto al Berzina, esto es, en la línea de retirada, podía ser desastrosa. Al duque de Bellune escribió para que se juntara al punto con el mariscal Oudinot: á ambos recomendó que fueran velozmente sobre Wittgenstein, á quien aventajaban tanto en la cantidad como en la calidad de las tropas, y le empujaron más allá del Dwina á todo trance, y le ganaron una batalla decisiva y relevaron al grande ejército de presentarla, pues estaba cansado en demasía (Napoleón no osaba decir que arruinado), y se dieran sobre todo prisa, pues quizá contra Tchitchakoff fuera también indispensable su ayuda. A Wilna escribió para que se hiciera ir de Koenigsberg á una de las divisiones del mariscal Augereau, la que ya había sido enviada á Dantzick y había pasado de manos del general Lagrange á manos del general Loison. Ésta y la del general Durutte, enviada á Varsovia para auxiliar al general Reynier, componían las dos destacadas del ejército de Augereau, que iban á ser reemplazadas por la del general Grenier, procedente de Italia y elevada á la sazón ó diez y ocho mil hombres.

Además Napoleón recomendó á Mr. de Bassano, el cual desplegaba en Wilna la mayor actividad administrativa, que dirigiera á los diversos depósitos del ejército, esto es, á Minks, Borisow, Orscha y Esmolensko, cuantos víveres, bebidas espirituosas, vestuario y caballos pudiera proporcionarse. Ordenó que se hiciera á dinero contante una compra de cincuenta mil caballos en Alemania y Polonia, y para efectuarla, si era posible, debió partir al punto el general Bourcier, jefe allí de los depósitos de caballería.

Expedidas estas órdenes, partió Napoleón para Esmolensko, recomendando al mariscal Ney, encargado de cubrir la retirada, que retardase todo lo posible la marcha del enemigo para dar tiempo de unirse á los rezagados. Al príncipe Eugenio prescribió que se desviara en Dorogobouga del camino de Esmolensko para tomar el de Doukhowtchina, que este príncipe había ya andado, que en víveres ofrecía algunos recursos y desde donde podía asegurarse la posición de Visebsk, amenazada por Wittgenstein entonces. Si esta plaza corría peligro, el príncipe Eugenio debía trasladarse á ella y establecerse allí de seguida, pues Vitebsk y Esmolensko estaban destinadas á ser los dos puntos de apoyo de nuestros cantones.

Napoleón salió de Dorogobouga el 6 de noviembre. Todo el ejército siguió el 7 y el 8. Ya más sensible el frío hizo que nuevamente se echara de menos la ropa de abrigo, y todavía más el de las herraduras para que sobre el hielo anduvieran los caballos. Esta doble omisión explicábase por la estación en que se había partido, y por la creencia concebida al partir de hallarse de retorno antes del mal tiempo. Nuestros infelices soldados marchaban disfrazados con vestidos de todas clases, cogidos en el incendio de Moscou sin poderse resguardar de un frío de nueve á diez grados, y á cada

cuesta, resbaladiza por consecuencia de los hielos, nuestros caballos de artillería no lograban subir las piezas del más escaso calibre ni aun duplicando los tiros. Por más que se les apaleaba hasta hacerles sangre, caían con las rodillas destrozadas y no podían superar el obstáculo, privados como estaban de fuerzas y de medios para mantenerse sobre el hielo. Arcas se habían abandonado hasta el extremo de no tener ya casi municiones: muy pronto fué menester abandonar cañones, trofeo que nuestra brava artillería no entregó á los rusos sino con el dolor en el alma y la confusión en la frente. Así disminuyeron mucho los carros, y cotidianamente se abandonaban otros nuevos, muriéndose los caballos por los caminos. Éstos servían de alimento. Llegada la noche se arrojaban sobre los que habían sucumbido, se dividían á sablazos en trozos, se asaban en inmensas hogueras encendidas con árboles echados abajo, se les devoraba, y luego dormían las tropas al calor de aquellas hogueras. Si los cosacos no iban á perturbar un sueño comprado á tanta costa, frecuentemente unos despertaban medio tostados, otros hundidos en lo que el calor había transformado de hielo en lodo. Sin embargo, no todos tornaban á levantarse, porque á medida que el termómetro descendía más de diez grados, ya cierto número de ellos no resistía la temperatura de las noches. Y con todo, se volvía á emprender la marcha sin mirar apenas á los infelices á quienes se dejaba muertos ó moribundos en el vivaque y por quienes ya no se podía hacer nada. Pronto los cubría la nieve, y ligeras eminencias señalaban los lugares donde yacían estos valientes soldados sacrificados á la más loca empresa.

Mientras Napoleón, escoltado por el mariscal Ney, marchaba sobre Esmolensko con la guardia imperial, el cuerpo del mariscal Davout, la caballería desmontada y una masa de rezagados, que el abandono de las filas aumentaba más que disminuía la muerte, el príncipe Eugenio tomaba el camino de Doukhowtchina, siguiéndole de seis á siete mil hombres armados, inclusa la guardia real italiana, algunos restos de jinetes bávaros que conservaban sus caballos, su artillería todavía con tiros, muchos rezagados y cierto número de familias fugitivas que se agregaron al ejército de Italia. Llegado al fin de la primera jornada, el 8 de noviembre, cerca del palacio de Zazele, donde esperaba hallar algunos recursos y abrigo para la noche, fué sorprendido por un frío intenso. De repente se detuvieron su artillería y sus bagajes al pie de una cuesta, sin posibilidad de transponerla. Tan resbaladiza estaba la escarcha que era imposible hacer subir las menores cargas. Desenganchando las piezas para doblar ó triplicar los tiros, se consiguió poner arriba las de pequeño calibre, pero fué preciso renunciar del todo á las de á doce, que componían la reserva. Después de perder los artilleros todo el día en resultado tan exiguo, se hallaban extenuados no menos que sus caballos, y humillados por la necesidad de abandonar de esta manera su artillería más pesada. Mientras consumían estérilmente sus fuerzas, Platow, que les había seguido con sus cosacos y con ligeros cañones, llevados sobre trineos, no cesó de enviarles balas. Entonces el general Anthouard fué gravemente herido, hasta el punto de no poder ya mandar la artillería del ejército de Italia. Se le reemplazó con el coronel Grois, bravo oficial modesto y distinguido, á

quien dejó sin empleo la destrucción de la caballería de Grouchy, á la cual estaba agregado.

En el palacio de Zazele se pasó muy triste noche. A otro día, que era el 9, partióse muy temprano para cruzar el Vop, riachuelo que el anterior mes de agosto no presentaba más que un hilo de agua, arrastrándose sobre un lecho casi seco. Ahora rodaba sobre un lecho ancho y hondo cuatro pies cuando menos, cargado de lodo y de témpanos de hielo. Tomando la delantera los pontoneros del príncipe Eugenio, emplearon la noche en construir un puente, y helados, moribundos de inanición, suspendieron su trabajo algunas horas, con intención de tornar á emprender y de concluir su tarea después de este corto descanso. Pero al despuntar el día, llegan los más diligentes de la muchedumbre inerme á colocarse sobre el puente no acabado. Por causa de una espesa niebla, que no permite distinguir claramente los objetos, creyendo la masa practicable el puente, sigue á los que trataron de pasarlo antes que todos, se agolpa detrás de ellos, muy pronto se impacienta de que no adelanten camino, se irrita, hace empuje, y echa al agua fangosa y helada á los imprudentes que se empeñaron en este paso sin salida. Al cabo los gritos de los infelices precipitados en el torrente avisan á la cola de las columnas, que retrocede y mira con desesperación aquel riachuelo, imposible de cruzar á lo que parece. Algunos pelotones de jinetes, que han conservado sus caballos, tratan de vadearlo, y efectivamente, después de vacilaciones, hallan un punto por donde pasan con el agua hasta el arzón de la silla. Entonces sigue su ejemplo la infantería y entra en aquel torrente rápido y que arrastra enormes témpanos de hielo. Así desfila casi toda, y llegada á la opuesta orilla, se apresura á encender hogueras para entrar en calor y secarse la ropa. A su vez procura la muchedumbre cruzar el torrente: unos lo consiguen, otros caen para no levantarse nunca. Al mismo tiempo se emprende la tarea de trasladar la artillería de una orilla á otra. Así el vado se obstruye y llega á ser impracticable el paso. Los infelices que se arrastraban sobre pequeños carros rusos y no han pasado todavía, con desesperación ven al obstáculo aumentar en proporciones hasta el punto de no ser posible vencerlo. Entonces mismo aparecen tres ó cuatro mil cosacos, lanzando gritos salvajes. Atajados por el fuego de fusilería de la retaguardia, no osan acercarse al alcance de sus lanzas, pero con su artillería sobre trineos disparan balas contra la espantada muchedumbre, destrozando los carros de bagajes y esparcen una desolación verdadera. Acude el príncipe Eugenio para restituir algo la calma á la muchedumbre desesperada y no lo consigue. Vense pobres cantineras, mujeres italianas ó francesas, fugitivas de Moscou, abrazando á sus hijos, y llorando al borde de aquel torrente á que no osan lanzarse, mientras soldados valientes, llenos de humanidad, las toman los hijos en sus brazos, y van y vienen hasta dos ó tres veces para trasladar á la otra orilla á estas familias desconsoladas. Pero á cada instante aumenta el tumulto, es fuerza renunciar á aquellos preciosos bagajes con que vivían los fugitivos, y de los cuales aún sacaban los oficiales algunos recursos. Entonces los soldados, á la vista de aquella presa, que va á ser abandonada á los cosacos, no escrupulizan saquearla. Cada cual echa mano á lo que puede ante los ojos de aquellas familias desola-

das, que ven desaparecer sus medios de subsistencia. Queriendo también tener parte en el botín los cosacos, se adelantan para el saqueo, y se les desvía á bayonetazos ó á tiros en medio de una confusión espantosa.

Este deplorable suceso que se llamó el desastre de Vop en la retirada, y era preludio de otro desastre de la misma clase, destinado á ser cien veces más horrible, retuvo al ejército de Italia hasta la noche. Se hizo alto á la otra orilla del Vop, se encendieron hogueras, secóse la ropa, reflexionóse amargamente sobre la miseria amenazante, y al día siguiente se volvió á tomar el camino de Doukhowtchina. Se habían perdido todos los bagajes y toda la artillería, á excepción de siete ú ocho piezas. Unos mil infelices alcanzados por las balas ó caídos al agua pagaron con su vida esta marcha inútil del todo, como se verá al punto.

Por fin, el día 10 se llegó á Doukhowtchina. Era una ciudad pequeña bastante rica, donde ya el príncipe Eugenio había vivido en el anterior mes de agosto. Ocupábanla los cosacos. Se les arrojó de allí sin mucho trabajo, porque, á semejanza de aves de rapiña, estos jinetes ligeros, rapaces y fugitivos, jamás hacían cara y se contentaban con seguir á nuestras columnas para rematar á los heridos, despojarlos y dejar vacíos los carros abandonados. Desierta estaba la ciudad de Doukhowtchina, si bien no incendiada y bastantemente provista de víveres. Allí había harina, patatas, coles, carne salada, aguardiente, y lo que valía más de todo, casas para alojarse. Este infortunado cuerpo de ejército halló allí algo de reposo, casi abundancia, y sobre todo abrigo de que estaba privado hacía tiempo, ventajas que fueron apreciadas como lo pudiera ser la prosperidad más brillante.

Costaba desprenderse de tan buen albergue. Así el príncipe Eugenio, después de haber deliberado con su estado mayor y antes de aventurarse hasta Vitebsk por entre una nube de enemigos, juzgó prudente que se tomaran lenguas para saber si acaso se iría en auxilio de una ciudad ya perdida para nosotros. Con el fin de adquirir informes, se enviaron algunos polacos, y durante este tiempo se dejó descansar al cuerpo de ejército en Doukhowtchina.

Allí estuvo los días 10 y 11 de noviembre, en situación que se llamara venturosa á no ser por los tristes presentimientos que asediaban de continuo á los espíritus menos previsores. No se pudo averiguar gran cosa: sin embargo, por ciertos rumores que oyeron algunos polacos, hubo lugar á creer, y casi con certidumbre, que Vitebsk estaba tomada. Ya no era el caso de aventurarse tan lejos y á todos convino la idea de incorporarse al grande ejército, marchando á Esmolensko en derechura. En tan crueles angustias, deseaban unos juntarse á otros, y separarse era una verdadera agravación de infortunio. Con el fin de ganar una marcha, se partió en la noche del 11 al 12 prendiendo fuego á aquella pobre ciudad de madera, que sin embargo había servido de tanto socorro. Dos leguas caminóse al resplandor de este fanal siniestro, que coloraba con sangrientas tintas los abetos cubiertos de nieve.

Toda la noche y parte del día siguiente marchó el príncipe Eugenio, perseguido siempre por los cosacos, y establecióse al fin de la jornada como pudo dentro de algunas chozas, para pasar á su abrigo la noche del 12 al 13. A la mañana siguiente se volvieron á poner en